

De Pedro Serrano a *La Serrana*: reescribiendo la historia

From Pedro Serrano to *La Serrana*: Rewriting the History

Laissa Rodríguez Moreno
University of Wisconsin-Madison

Recibido: 25 de agosto de 2011. Aprobado: 22 de septiembre de 2011

Resumen: el relato de los avatares de Pedro Serrano, que le permite a Garcilaso de la Vega cuestionar nociones de alteridad entre españoles e incas, es retomado en el siglo XIX por el escritor colombiano Manuel Uribe Ángel y modelado en forma de alegoría nacional. El naufragio como metáfora da lugar a la imagen de lo primigenio, espacio para que Uribe Ángel revise la historia de América y de Colombia y, desde un contexto posterior a la independencia, le dé peso al legado indígena en la construcción nacional, a la vez que valore y cuestione aspectos culturales traídos por los españoles.

Descriptores: Serrano, Pedro; Uribe Ángel, Manuel; *La Serrana*; Vega, Garcilaso de la; alegoría nacional; naufragio; La Isla Serrana.

Abstract: Pedro Serrano's story, which allows Garcilaso de la Vega to question notions of alterity between Spaniards and Incas, is the same story Colombian intellectual Manuel Uribe Ángel rewrites at the end of the 19th century. Through his hands, the story becomes a national allegory. The shipwreck as a metaphor conveys an image of a primeval land where Uribe Ángel reinterprets the history of Colombia and Latin America. In a post-independence context, the author assigns a place to the indigenous' legacy in the construction of the nation and critically revises some of the cultural aspects Spaniards brought to Latin America.

Keywords: Serrano, Pedro; Uribe Ángel, Manuel; *La Serrana*; Vega, Garcilaso de la; national allegory; shipwreck; La Serrana Island.

Introducción

El 22 de abril de 1884 aparece un nuevo folletín en el reconocido *Papel Periódico Ilustrado* de Bogotá. Su título: *La Serrana, novela histórica*. Su aparición fue breve, ya que se suspendió temprano porque el manuscrito se extravió. Solo pudo reiniciarse la impresión de esta obra en agosto de 1886 y su publicación duró hasta el año de 1887, aunque su autor, Manuel Uribe Ángel, reconocido médico y científico antioqueño, reelaboró posteriormente el texto. Según nos dice Luis Eduardo Villegas (1905: 79), Uribe retocó el texto antes de su muerte y lo redujo a la tercera parte de su extensión inicial. También afirma que le quitó “apreciaciones técnicas de dudosa verdad”.

No se tienen mayores noticias de la segunda versión del texto ni en qué manos quedó el manuscrito. En 1984, el Centro de Historia de Envigado (pueblo de donde es oriundo nuestro escritor decimonónico) publicó nuevamente la historia, tomando como base para esta segunda publicación el texto que apareció en el *Papel Periódico Ilustrado*. Esta vez salió a la luz en formato libro para celebrar los 160 años del natalicio del autor. Una razón adicional aducida para publicarlo nuevamente es que la obra resulta una “leyenda histórica de temática asimilada a lo que hubo de ser el descubrimiento y génesis social del islote colombiano en el mar Caribe: mágica aleación de realidad y fantasía” (Uribe, 1984: 7).

La obra, en verdad, es la historia de un territorio y de un naufrago. Sin embargo, no era una creación del todo novedosa. El acontecer de Pedro Serrano, un hombre abandonado en una reducida isla después de graves contrariedades con su barco y de perder su tripulación, había sido relatado anteriormente. Casi tres siglos atrás, en 1609, el Inca Garcilaso de la Vega publicó la historia de este hombre como parte de su obra *Comentarios reales*, una de las principales narraciones sobre la historia del pueblo inca americano del siglo xvii.

Garcilaso presentó por primera vez su texto a los lectores en un momento en que él buscaba reivindicar la cultura heredada de su madre (inca) y equipararla a la de su padre (español) por medio de un relato histórico. La historia de Pedro Serrano, como texto insertado en la obra del Inca, se

conecta con este objetivo y de una manera soslayada apela al lector para ayudarlo a comprender que el “otro indígena” podría ser su propio hermano.¹ Uribe Ángel rescata y reelabora el relato mucho tiempo después, cuando las condiciones se han modificado radicalmente y, en lugar de unir la cultura nativa a la española, las recién independizadas naciones buscan lo contrario: separar su país y crear su propia identidad. Es el siglo XIX, un siglo de nacionalismos y búsquedas de conciencias patrióticas, estatales.

A su vez, cuando Manuel Uribe Ángel (re)construye la historia de Pedro Serrano, sabe que su texto sigue un precedente marcado por el Inca Garcilaso de la Vega: “Siguiendo las huellas de Garcilaso de la Vega, ponemos hoy por escrito, con más o menos fidelidad y sin pretensiones históricas de ningún género, lo referente a Pedro Serrano, durante su permanencia en aquella isla solitaria y desierta” (Uribe, 1984: 28).

La distancia cronológica entre los momentos en que cada versión de la historia ve la luz produce una divergencia en la trama. Tenemos una marcada intertextualidad, pero al mismo tiempo, se han creado dos narraciones diferentes. Manuel Uribe reconoce ser parte de ese público lector que gozó de la lectura de la obra de Garcilaso y ahora pone en sus manos el proceso de producción. A este respecto, Hans R. Jauss nos dice que un pasado literario (se refiere a la repetición de elementos en obras posteriores) regresa cuando ha traído una nueva recepción. El autor tiene dos caminos: apropiarse de una actitud estética modificada o que sobre la poesía olvidada recaiga una nueva luz que permita encontrar en ella algo nuevo (Jauss, 1976: 193); en el caso de Uribe parece que él no solo modificó la historia, sino que le dio una nueva actualización dentro de su realidad social: ya no se trata de un mestizo que trata de validar su cultura (Garcilaso), sino que es un criollo con los problemas que una nación recién independizada ofrecía frente a sus ojos. La exploración de la respuesta literaria elaborada por Manuel Uribe Ángel frente a la coyuntura en la que vivió y la manera como su texto se inserta en una tradición —al constituirse como lector-autor que transforma el texto de acuerdo con su mirada finisecular— es el interés de este breve artículo.

1 El hecho de que Pedro Serrano se convierta en casi un salvaje (su cabello y barba crecen, su ropa se desgasta, su tono de piel cambia) ayuda a asimilarlo a los indígenas y así construir una historia del “otro”, teniendo como base a un español. Para conocer más sobre esta interpretación, véase Zamora (1988); también el artículo de Rabin (1999) nos habla de esta conversión como una forma de desafiar la subjetividad del narrador-historiógrafo.

El espacio geográfico: relevancia de los límites

Cuando Garcilaso introduce la historia de Pedro Serrano en su texto, afirma: “La isla Serrana, que está en el viaje de Cartagena a La Habana, se llamó así por un español llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca de ella” (Garcilaso, 2000: 17). Esta es la primera noticia que el lector recibe de la historia de este hombre, en relación con un territorio que es presentado mientras se describen Cartagena, las islas y el camino hasta Cuba. La descripción de los puertos y las ciudades luego cede para dar paso al capítulo de la descripción de Perú, y allí se desarrollará lo que apenas fue anunciado previamente: “Será bien antes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de Pedro Serrano” (Garcilaso, 2000: 18). Así, la geografía se conecta con la vida del náufrago, y el relato de los apuros del personaje se convierte en el centro de atención.

El texto de Uribe también lleva a cabo esta conexión, pero de una manera más directa. El título es uno de los elementos que alienta el horizonte de expectativas del lector:² *La Serrana*. Uribe aborda desde el inicio el tema de la geografía, y lo toma como eje en cuanto permite que el nombre de la isla se convierta en el rótulo que identificará el relato, en vez de cederle ese lugar al protagonista. *La Serrana* —y no Serrano (el apellido del personaje principal)— toma el lugar central, lo cual es curioso en una época en que el nombre de algún personaje constituía la fórmula más frecuente.

Además, en el escrito del colombiano, el relato de los padecimientos, que son punto central en las historias de náufrago, queda casi olvidado o al menos minimizado. En cambio, el entorno geográfico cobra un interés especial. Una meticulosa descripción de las islas de la zona se compara de cierto modo con la de los puertos de Garcilaso, aquí con datos geológicos y detalles varios: “Las islas de este grupo son todas de formación madre-pórica y de superficie baja y plana, con algunos bosques y lagos salados en su parte media” (Uribe, 1984: 19). Todo el segundo capítulo se detiene en la descripción geológica y de las condiciones climáticas, de humedad, vegetación, enfermedades y razas, utilizando lenguaje técnico que hace gala de conocimientos científicos.

2 H. R. Jauss afirma que una obra nueva no aparece “en un vacío informativo, sino que predispone a su público mediante anuncios, señales claras y ocultas, distintivos familiares o indicaciones implícitas para un modo completamente determinado de recepción” (Jauss, 1976: 170). Esas señales son lo que vendrá a configurar el horizonte de expectativas del lector, es decir, la serie de hipótesis que este se formula cuando tiene en frente una nueva obra.

¿Pero por qué concederle esa primacía al entorno? Luego del interés despertado por el tema, el afán cientificista tras la influencia del positivismo y otras teorías europeas sobre el avance de la ciencia como base del progreso, es comprensible encontrar el texto inmerso en un discurso técnico. Al mismo tiempo, las artes cumplían un papel prioritario, en cuanto se consideraron medio de educación y divulgación del conocimiento que sería la base para llevar la nación a un nivel de desarrollo mayor. Si la ciencia permitía alcanzar conocimientos, las artes permitían la divulgación del progreso hacia las masas.

Proyectos científicos de grandes dimensiones se habían pensado y llevado a cabo en esos años. La expedición botánica dirigida por José Celestino Mutis en los años previos a la independencia funcionó no solo para conocer la fauna y flora del país, sino que conformó una plataforma para divulgación de ideas y comunicación de intelectuales, muchos de ellos ideólogos de la independencia. El otro proyecto fue la Comisión Corográfica (1850) dirigida por el cartógrafo Agustín Codazzi, quien fue invitado por el presidente liberal Tomás Cipriano de Mosquera para que adelantara un trabajo cartográfico como el que había realizado en Venezuela. Sin embargo, estos proyectos no se completaron del todo, y cuando comenzó La Regeneración, el período conservador iniciado por el presidente Rafael Núñez, se afianzó más la centralización del Estado y el olvido de la periferia. Según el historiador Alfonso Múnera, la élite pretendió construir la nación desde una perspectiva enfocada en los Andes y de espaldas a las fronteras (consideradas como marginales). Se olvidaron por completo de la importancia que habían tenido —y seguían teniendo— para la comunicación del país regiones como Cartagena o Guajira. Para Múnera, ese descuido alcanzaría su punto cúspide con la pérdida de Panamá (región de gran importancia estratégica), a manos de Estados Unidos, país que, al contrario de Colombia, sí tenía una concepción de frontera como espacios para afianzar (Múnera, 2005: 89-128).

Cuando Uribe escribe, el período conservador mencionado líneas arriba había comenzado. Rafael Núñez ya había cumplido su primer período presidencial (1880-1882) y empezaba el segundo (1884-1886). Núñez, tres veces presidente de Colombia, llevó la bandera de este período bajo el lema de “regeneración o catástrofe”. Según su punto de vista, los liberales en el período anterior (el Olimpo Radical) habían tratado de dirigir el país en contra de la esencia misma de este, que era el fuerte sentimiento católico arraigado

en la población. Sin embargo, este tipo de gobierno tan autoritario no subsanó resquemores ni conflictos. Los liberales respondieron a las reformas de orden conservador y la lucha ya existente se intensificó de manera tal que el nuevo siglo vio la luz hallando a los colombianos enfrascados en la que parece la guerra civil más grande del siglo XIX: la guerra de los Mil Días (1899-1902), etapa en que muchos civiles y miembros de diferentes facciones de los ejércitos perdieron la vida, y que Estados Unidos aprovechó para promover la separación de Panamá.

La centralización durante el período conservador fue, evidentemente, bastante pronunciada. La mirada se detenía en esa Bogotá en medio de las montañas y de difícil acceso, mientras la fragosa geografía haría de las comunicaciones un problema y de las regiones que rodeaban los Andes, un descuido. Es en ese momento cuando Uribe retoma el tema de la frontera con uno de los puntos más alejados del país. No hay que olvidar que el archipiélago donde se encuentra la isla está más cerca de Nicaragua que de Colombia y los conflictos alrededor de esa zona todavía no han cesado.

Uribe nos empieza a relatar la historia de un territorio lejos de la centralización política, un fragmento de país minúsculo, aunque todavía parte del mismo y con una peculiar historia. El médico antioqueño parecía consciente de la importancia de estos espacios limítrofes, pues no olvida mencionar varios de ellos en su texto, especialmente a Panamá: dentro del relato del tío Castillejo, tenemos la profecía de la construcción del canal (Uribe, 1984:13), y luego tenemos referencia a la conquista de ese lugar (Uribe, 1984: 57). No obstante, la historia del territorio solo actúa como estrado con el fin de permitir el desarrollo de las ideas sobre la nación. Una isla alejada y desconocida fue elegida como espacio simbólico para exponer la historia de Colombia y, quizá, de América. Según Margarita Zamora, la historia de Pedro Serrano en el texto de Garcilaso “puede leerse como una metáfora extendida de su concepción de la historia humana” (“can be read as an extended metaphor of his conception of human history”) (Zamora, 1988: 164), y del mismo modo funciona en el texto de Uribe en relación con la elaboración de la historia de América, en general, y de Colombia en lo particular.

Garcilaso, en sus *Comentarios*, introduce los eventos ocurridos a Pedro Serrano de manera poco usual: abandona la descripción de Perú y anuncia su intención de intercalar un relato “para que el capítulo no sea tan corto”. Uribe también hace lo propio, pero de una manera opuesta: interrumpe la historia de Pedro y, luego de un capítulo entero sobre la geografía de las

Antillas, nos dice: “¿Y para qué toda esta digresión geográfica sobre el Archipiélago Caribe? Realmente este capítulo es de una incoherencia especial, y ninguna relación directa parece tener con nuestro pobre Serrano, a quien hemos abandonado” (Uribe, 1984: 25).

La mezcla de lo real (geografía) con la ficción, propia de los textos coloniales, y la creación de una novela con propósitos verídicos (e históricos)³ lleva a confluir a estos dos autores. Si Garcilaso intenta validar la comunidad incaica dentro de la sociedad colonial, hablando de sus bases como precristianos y presentándolos como los preparadores de un nuevo orden (Zamora, 1988: 114), Uribe también volverá a los orígenes de la nación para reflexionar sobre ese presente en que se iniciaba su independencia. Narrativizar el pasado constituyó, entonces, un esfuerzo para visualizar el espacio de Colombia, su identidad y el camino que debía continuar. A su vez, fue un intento de conectarlo con un futuro deseable. La tarea radicaba entonces en elaborar ese entramado que permitiera recrear el pasado. La dimensión simbólica del relato constituye el medio de lograrlo; ¿cómo resuelve Uribe este asunto?

España, una autoridad descabezada

Ya en 1884 (año en que se tiene la primera noticia de la aparición del texto de Uribe), Colombia estaba trastornada. Los inicios de las naciones latinoamericanas no fueron nada sencillos y, especialmente Colombia, luego de su grito de independencia en 1810, empieza una larga historia de luchas civiles internas de las que no parece haber salido hasta el momento.

La obra de Uribe reflexionará sobre esta coyuntura. Separarse de España resultó bastante problemático en tanto el país estaba dividido entre los realistas, quienes querían continuar con el régimen colonial, y los patriotas, grupo a favor de la independencia. El dilema de separación enfrenta a ambos bandos, lo cual desemboca en la Patria Boba. El posterior régimen de terror de Pablo Morillo lleva a impulsar la separación de España, lograda en 1819. La independencia produce desacuerdos, mueve intereses y enfrenta

3 Pese a que Uribe niegue su propósito histórico—(“Ponemos por escrito, con más o menos fidelidad y sin pretensiones históricas de ningún género, lo referente a Pedro Serrano” (1984: 28)—, la reconstrucción que lleva a cabo de la historia de Pedro Serrano no deja de contener un interés de ese tipo; no en vano habla de “fidelidad”.

próceres. Se bifurcan intereses: federalismo o centralismo, influencia de la iglesia o separación iglesia-Estado, librecambismo o proteccionismo, entre otros. Se abre el camino para la creación de los partidos políticos que dominan la escena de los siglos XIX y XX.

Sin embargo, las divisiones en el país no terminaron ahí. Existían demasiados aspectos por establecer después de que se renegó del régimen colonial. Pero criticar era una cosa y poner en marcha un país que hasta entonces no había sido manejado por la élite nativa era otra: la realidad los deja embrollados. La falta de integración por causa de diferentes intereses se empieza a profundizar, incluso entre los mismos próceres, pues ya son bastante conocidas las diferencias entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander.

Es así como un lugar remoto se convierte en el espacio simbólico para hablar de este acontecer y elaborar un relato fundacional y primigenio de la historia de América. La pequeña isla, sumada a unos cuantos personajes, constituye una imagen del desarrollo de América que le permite a Uribe reflexionar sobre los procesos vividos en el territorio.

El relato de Uribe presenta dos variantes en puntos claves de la historia relatada originalmente por Garcilaso. Pedro Serrano y su naufragio funcionan como metáfora de la Colombia recién independizada, dejando atrás la autoridad española; y también funciona como un relato histórico que presenta de manera alegórica las tres etapas vividas en la región: la etapa prehispánica, la colonia y la independencia.

La forma inicial de interpretar la narración creada por Manuel Uribe la podemos ver por medio de los primeros personajes que nos presenta la novela: el tío Castillejo y Pedro Serrano. El tío Castillejo, ese viejo andaluz “de pura raza” (Uribe, 1984: 10), es el encargado de presentar la historia. Es él quien acompañó a los Pinzones como grumete durante el descubrimiento (1984: 10) y posteriormente hizo un segundo viaje acompañando a Colón. Viaja en el barco de Pedro Serrano, en procura de volver a su tierra (España) para ser enterrado allá (12). En la voz de este hombre oímos de las aventuras del inicio del descubrimiento. Es quien, como testigo autorizado, nos habla de las injusticias cometidas contra Colón y presenta una imagen del descubridor como un hombre conocedor de su arte y sabio al tomar las decisiones. Fue su obra una obra justa; la maldad y la crueldad están en manos de los conquistadores que se apropiaron del gobierno de las Indias:

Todos los pilotos nacidos y por nacer no han igualado ni igualarán jamás al virrey de las Indias. [...] Echamos el ancla a poca distancia de la costa, y entonces nuestro Almirante nombró una comisión de la que hice parte, para ir a casa de D. Nicolás de Obando, Gobernador a la sazón de La Española, y pedir licencia para desembarcar. Aquel grandísimo bellaco, sin atender a que mi amo, a mis compañeros y a mí se debía el hallazgo de estas tierras occidentales, negó rotundamente la petición. [...] El gran navegante, mostrándose un tanto disgustado, nos mandó que volviésemos a tierra para decir al Gobernador que sería obedecido, pero que al menos, por amor al Rey, para salvar grandes riquezas, para preservar muchas vidas y para evitar una horrorosa catástrofe, no permitiese, en manera alguna, que la gran flota listada para partir por la tarde, se diese a la vela [...] Todos aquellos malandrines rieron en nuestras propias barbas, se burlaron de las chocheras del viejo loco, como llamaban a Su Señoría (Uribe, 1984: 10-11).

Entonces, el problema no era la empresa del descubrimiento, sino el gobierno. Los que manejaban el poder lo hacían de una manera despótica, sin atender razones de los verdaderos hombres con derechos sobre el territorio (representados por Colón). Por ello, sobrevienen la catástrofe y la pérdida de las riquezas. Es importante observar cómo el tío Castillejo se presenta como testigo de los hechos, lo cual da validez a su argumento y autoridad a su versión. Es la visión del español que forma parte de la empresa de descubrimiento y conquista, y que presenta lo ocurrido no solo como una historia de las bondades hechas por los españoles en América, sino de los problemas que ello conllevó.

Su final también es bastante representativo. Este personaje encuentra su fin en el naufragio, que, como momento de crisis y cuando todo se revoluciona, también significa un momento de nuevo inicio: muchas veces la pérdida de lo que se tenía (lo previo) que da paso a un comienzo. Marca el cambio obligado luego de la catástrofe. En el caso de la obra de Manuel Uribe, este es el momento cuando se ve la supervivencia de Pedro Serrano, pero a la vez el fallecimiento del tío Castillejo. Una vez Pedro Serrano se halla en la isla y contempla lo yermo y desnudo del terreno, vuelve la vista porque

[p]arado un instante, absorto y contemplativo, mirando sin intento determinado la onda que venía a romperse a sus plantas, notó en cierto momento, con sorpresa y casi con miedo, que una cabeza humana chocaba

contra sus pies. Contemplola asustado, porque las canas y la barba argentina que la cubrían, le mostraron un despojo del Tío Castillejo, resto escapado al diente cortante de los tiburones que recorrían hambrientos aquellas aguas (Uribe, 1984: 29).

Es la cabeza de aquel español la que sobrevive, después de la revolución que implica un naufragio. Este hombre ha sido degollado y el único resto de su cuerpo que da fe de lo que ha pasado es su cabeza. La historia pasada, la historia española que él representaba, queda así cortada de tajo en tanto la autoridad que su raza ejercía parece terminar como el estereotipo que establecía la revolución burguesa (especialmente después de la Revolución francesa, uno de los antecedentes de las independencias latinoamericanas): el de los reyes decapitados para establecer un nuevo régimen. ¿Entonces qué queda del legado de este hombre? Pedro Serrano, ahora abandonado a su nueva suerte, recoge el despojo humano llegado a sus pies que para él constituye “un elemento social, como un compañero para sus eternos días, como un amigo en el sepulcro, o como un consuelo para las prolongadas noches que se le esperaban” (Uribe, 1984: 29). Decide enterrar la cabeza y clava una cruz. Desde ese momento, el espacio donde sepulta la cabeza se convierte en su espacio religioso: “se dirigió al pequeño cementerio en que reposaban los restos del compatriota andaluz, y postrándose humildemente, murmuró, como el día anterior, un Padrenuestro y rezó luego las devotas oraciones que, de los labios de su pobre madre, había aprendido en la infancia” (1984: 31). La religión como parte integral de la cultura y compañía para el solitario, también un aspecto legado por los españoles, fue considerada en esta época como fundamental.

Roberto Salazar Ramos, en su ensayo “Romanticismo y positivismo”, afirma que Colombia encontró en España la nación que le había legado la religión, base de la cultura. Colombia fue uno de los países que no solamente vio lo negativo en el proceso de colonización llevado a cabo por el país ibérico, sino que encontró en el catolicismo un punto favorable de la labor española. Salazar Ramos nos dice que Sergio Arboleda, político e intelectual del siglo XIX colombiano, afirmó que la religión cristiana es

[L]a única que ha podido hermanar las tres razas en este continente y hacer que juntas lleven las andas de la civilización. Privar a estos pueblos, como

al español, de la majestad del culto católico, es dejar que se arrastren por el abismo de la corrupción y la barbarie. Porque ha sido el catolicismo la *base del ser social del pueblo americano* y la que ha puesto la moral al alcance de todos (Salazar, 1988: 277).⁴

Entonces ese elemento social, trascendental y de consuelo que vemos asignado a la cabeza del tío Castillejo se corresponde con una visión de la religión que tuvo un sector de la población colombiana en el siglo XIX. Un sector que concibió el catolicismo como legado principal de los españoles y base fundamental para el futuro de la nación. No es de olvidar que dicha postulación fue la base de la Regeneración de Rafael Núñez.

A partir de tal visión, podemos leer la obra de Manuel Uribe como una alegoría: la nación vivía un periodo de independencia y construcción, teniendo como base el legado dejado por España, pero ahora sin su autoridad. Sin embargo, la obra de Uribe presenta una segunda alegoría en que se advierte una visión totalizante de la historia de la América hispánica y se hace un recuento de lo ocurrido con el territorio. Es una metáfora de carácter más amplio sobre las etapas que han vivido los países latinoamericanos, especialmente Colombia; es la recreación en un pequeño espacio geográfico como una visión del universo en un átomo.

Del naufragio al huracán: etapas de la historia de Colombia

En esta segunda forma de la metáfora creada por Uribe respecto de la historia de Colombia (y de América), el naufragio puede concebirse todavía como eje de cambio, pero a la vez como un punto donde se anula lo precedente. Las relaciones previas, la autoridad, la organización y las posesiones se ven perdidas y se empieza desde la nada. El naufragio funciona entonces como ser primigenio que empieza a sobrevivir la carencia y la ausencia por medio de su industria. Todo tiene que elaborarlo. Es un inicio.

Pedro Serrano se transforma en lo que correspondería más a la imagen de un “salvaje” por aquellos tiempos. Tal como ocurre en la obra de Garcilaso, Pedro pierde su ropa por acción del temporal (Uribe, 1984: 38) para quedar desnudo; su cabello y barba crecen (1984: 39) y todas las comodidades son relegadas y remplazadas por los pocos elementos que la habilidad manual es capaz de crear. Es de resaltar que transformarse en

4 Cursivas añadidas.

casi una bestia, como lo piensa Serrano, es un hecho que lo preocupa. Sin embargo, siente que nada puede hacer contra esta condición y no encuentra más camino que conformarse: “¿Sí seré yo ese sujeto?, se preguntaba, mas viendo que en nada podía remediar el mal, se curaba con la conformidad” (40). De esa manera, las condiciones físicas son concebidas no como un resultado de una decisión cultural, sino de un determinismo natural.

La lucha por obtener lo básico para el sustento diario llena los días del naufrago. Inicia buscando alimento y las tortugas alivian su hambre (Uribe, 1984: 30), luego, la habitación (1984: 34), el fuego (35) y una incipiente agricultura (40) se convierten en el objeto de su labor. Como en las sociedades precolombinas, se accede al lujo cuando se llega a un punto de sobreproducción. Es este factor el facilitador de la elaboración de objetos no indispensables que con el tiempo podrían llevar a la colonia de un solo habitante a un alto grado de civilización (37):

Ya con fuego, agua, carne, sal y habitación, imaginó que poseyendo medianos posibles, le sería muy conveniente sujetarse a un plan estricto de existencia económica y racional. En tanto que sacaba provecho de sus adquisiciones, iría desenvolviendo sus facultades en la creación de objetos de lujo y aún de ornato (Uribe, 1984: 38).

Esta sociedad primaria (¡de un solo habitante!) se encarga de varias mejoras en la isla. Como se puede ver, las primeras construcciones y adelantos técnicos se deben a la industria y la labor de un Pedro Serrano que asemeja a un *otro*; más al indígena que al español. Sus carencias de tecnología son lo que lo dejan en una situación precaria, pero que ha sabido sobrellevar y, aun más, logrando avances en la colonización del espacio. Pedro Serrano se convierte en el reflejo de una raza que en vez de ser simplemente “salvaje” y sin “civilización”, efectúa un notable desarrollo del territorio, de acuerdo con los medios a su disposición. Además, como algunas de las más avanzadas culturas indígenas, había creado una forma de calendario con la cual medía el tiempo y también guardaba ciertos deberes religiosos. Marcada con estas características, se tiene la primera etapa de la historia del territorio: la que constituiría una época indígena o periodo prehispánico.

A partir de ese momento se da paso a un segundo momento en la periodización de la historia de América. Un giro en el capítulo presenta un suceso inesperado: la llegada del español Bartolomé Camacho. El no

reconocimiento de ambos como hermanos, en el sentido de seres humanos, marca el encuentro. Primeramente, se desconocen y ambos piensan en el otro como tentación o demonio del que deben huir (Uribe, 1984: 47). El elemento religioso, convertido en la expresión “¡Ave María purísima!” es el que los une. Como se vio en la cita de unas líneas atrás, se pensaba que la religión era la única capaz de unir razas, por ello la religión es la que les facilita reconocerse como hermanos, como seres que, aunque en condiciones diferentes, comparten ciertos aspectos.

La presencia de Bartolomé Camacho cambia las condiciones. Es un hombre disímil en muchos aspectos a Serrano. Nuestros personajes presentan caracteres completamente opuestos.

El viejo poseedor (Camacho) de aquel dominio era, como lo hemos dicho, atlético, robusto, recio y opulentamente sanguíneo. Su índole, como la de todos los hombre dotados de ese feliz temperamento, mansa y alegre, excelente y bondadosa, tan pronta a exaltarse, como lista a calma. Serrano era hombre cumplidamente generoso y lleno de bondad (Uribe, 1984: 51).

El recién llegado se muestra de carácter sanguíneo y de fuerte complejión, mientras que Serrano es un hombre generoso y lleno de bondad. Tal descripción parece seguir el estereotipo del español y del indígena que muchos de los relatos coloniales establecieron. En cuanto al segundo, Beatriz Pastor afirma:

Los tres primeros rasgos de la caracterización de los indígenas según el código I—desnudez, pobreza y falta de armas— los definían como *salvajes* y *siervos*. El cuarto rasgo—la generosidad— los califica como *bestias*, por su incapacidad de comerciar de acuerdo con las leyes de intercambio del mundo occidental. La suma de los rasgos restantes de la caracterización dentro de este primer código—sin armas, no agresivos, mansos, cobardes— componen el tercer elemento central de esta caracterización primera del hombre americano (1983: 96-97).

Es de notar que en la versión de Uribe, Pedro Serrano sí tiene un arma (que le ha servido de instrumento de trabajo, pero también para atacar a Camacho cuando las circunstancias se ponen difíciles). Tampoco se muestra como pobre porque él es quien brinda al inicio sustento al español, entonces, mediante pequeños detalles Uribe va subvirtiendo el discurso oficial.

La llegada de Camacho marca el arribo de las ciencias y la cultura, puesto que aquel hombre se nos describe como un individuo que alcanzaba alguna perfección en el decir (contrario a Serrano, que “estropeaba el castellano a más no poder”) y había hecho un curso de filosofía en la universidad de Salamanca, lo que en esa época incluía, según se explica, lógica, matemáticas, geografía, cosmografía, cronología y moral (Uribe, 1984: 49). De esa manera, corrige los errores en las prácticas de Serrano, como sus faltas en la forma de observar la religión. El primer naufrago se había equivocado en el día que debía santificar y cumplir sus deberes para con Dios. Estaba, sin saberlo, actuando de manera contraria a las normas establecidas por aquel ser supremo. Su conteo de los días no era perfecto, le faltó precisión: se equivocó por no tener en cuenta el año bisiesto.

Una vez allanados los problemas de incorrección en las prácticas religiosas y en las concepciones científicas (en este caso, representadas por el calendario), los dos hombres dividen el trabajo y empieza la sociedad que crean conjuntamente en la isla. La vida diaria transcurre con algunos silencios y comunicaciones. Se transmiten sus historias de vida y continúan sus labores. Hasta que sobreviene la tercera de las etapas de la historia del territorio, mediante un evento revolucionario: un huracán. La descripción de este como una “tensión del aire” sofocante, “confusa escena” y con un “olor sulfuroso” también parecen corresponder a características para describir la guerra de independencia que, tal como el huracán, deja al país en condiciones difíciles:

Bastará que digamos, para continuar nuestra sencilla relación, que, *aplacado el conflicto*, la isla quedó casi desierta y desnuda, como el día que fue arrojado a ella el Capitán de la goleta [Serrano]... Cuanto a lo demás, su restauración exigió trabajos desempeñados punto por punto (Uribe, 1984: 59).⁵

Es entonces en este momento de reconstrucción cuando ya el discurso sobre la isla empieza a ser el discurso de una república. Todavía la única presencia en la isla es la de aquellos dos hombres con ideas diferentes, pero ahora eso empieza a generar conflicto:

5 Cursivas añadidas.

En la Serrana no había tres, había solamente dos; existía un pacto bastante equitativo para dar a los asociados la agradable fisonomía de una republiquita modelo de una democracia como la apeteceríamos para nosotros. Pues, sin embargo, aconteció que un día que Serrano, dejado de las manos de Dios, se halló malhumorado y propenso a montar en cólera [...] Su camarada, que tampoco se hallaba en buenas disposiciones [...] ya era víctima de este mortificante y peligroso sentimiento (Uribe, 1984: 62).

La consecuencia es el intento de asesinato mutuo. Ambos actúan bajo sentimientos de cólera porque se sienten ultrajados y piden venganza. En un instante de esta batalla, ya a punto de asesinar a su hermano, Serrano se detiene por una razón: reconoce ser cristiano y, como sabe que lo aventaja, no quiere abusar. Le pide a Camacho arrepentirse (Uribe, 1984: 63). Pese a esto, Camacho no se arrepiente y siguen los conflictos entre estos dos sujetos, los únicos habitantes de la ya llamada Nación:

Estaban en plena guerra civil: la mitad de la Nación, contra la otra mitad. No era una simple rebelión, era guerra de principios, punto de doctrina, guerra fundamental, como diríamos ahora. ¡Guerra civil en la Serrana! ¡Guerra civil entre dos naufragos! ¡Guerra civil en tan pequeña población! (Uribe, 1984: 63).

El narrador presenta esta muestra de orgullo que conduce a más pugnas, como legado de la raza sanguínea española (nótese el hecho de que sea Camacho el que no quiere perdonar). La consecuencia que se deriva es clara: esa herencia es justamente la razón por la cual el pueblo latinoamericano sigue en conflictos y enfrentando duras realidades. A este respecto, es llamativo el comentario irónico del narrador en la novela, pues aunque había intentado mantener una actitud distante y de reconocimiento a la labor de los españoles en América, aquí deja ver su percepción crítica de manera evidente:

Decididamente la raza latina no se pierde, la sangre española tira de su lado. Y después parece confusa la explicación de nuestras reyertas hereditarias, de nuestras contiendas orgánicas, de nuestras riñas seculares. Y dicen luego, nuestros queridos padres de la Península, que no respetamos sus tradiciones, ni guardamos en el fondo del alma sus enseñanzas, ni imitamos los ejemplos que nos dieron. Que vengan acá,

que estudien y examinen, que comprendan y deduzcan, si no somos hijos legítimos de Camacho o Serrano, de Belalcázar y de Robledo, de Alvarado y de Almagro, de Pizarro o de Girón, o de tantos que, como dechados, nos presenta la historia (Uribe, 1984: 64).

En esta cita, la balanza se inclina hacia los ejemplos de padres españoles que nos dejaron un legado conflictivo, y en estas pocas líneas logra cuestionar —mediante su comentario mordaz sobre el “respeto a las tradiciones”— el paradigma de la cultura occidental, la imagen del los conquistadores como “dechados”, es decir, como modelos dignos de seguir.

Uribe enfatiza la situación del conflicto interno en este apartado, pues era la realidad vivida por Colombia en el momento de la escritura del texto. Recordemos que a lo largo del siglo XIX las luchas internas fueron más la constante que la excepción. Cada régimen debió lidiar con diferentes luchas y sectores queriendo tomarse el poder, ya fuera local o nacional. Entre las guerras civiles internas que alcanzaron un nivel nacional están la de 1839-1841, la guerra de los Conventos o guerra de los Supremos; la Guerra Civil de 1851 o Revolución Conservadora; la que se produjo a raíz del golpe de Estado de José María Melo a José María Obando; la de 1859-1862 que le dio el poder a Tomás Cipriano de Mosquera y acabó con el régimen conservador de Mariano Ospina; la de 1876-1877 y la de 1884-1885 en contra de Núñez. Además de esto, hubo numerosos conflictos bélicos regionales (se cuentan más de 40 solo en la época cuando estuvo vigente la Constitución de Rionegro). Finalmente, el nuevo siglo vio la luz también sumido en un conflicto de gran dimensión: la guerra de los Mil Días. Todas estas contiendas muestran al país como un espacio sumido en una serie de fuertes divisiones internas y luchando por encontrar su rumbo.

A partir de ese punto viene el desenlace de la historia. Uno que constituye más un anhelo de un futuro: la reconciliación entre los dos partidos, porque cada uno muestra su deseo de detener el conflicto y cambiar a una actitud amistosa (Uribe, 1984: 64). Así, vuelven al trabajo comunal para seguir adelante (elaboran una gran fogata, la cual facilita que un barco los vea y, por tanto, los rescaten). La situación está salvada; su futuro, asegurado.

Con los años, la división cesa. Camacho muere y, ante tal hecho, Serrano siente como si le hubieran arrebatado una parte de sí, como si le hubieran “amputado uno de sus miembros” (Uribe, 1984: 75), lo cual muestra la integración que se deseaba entre la población del país. Un espacio donde la carencia de uno sea el dolor del otro. A su vez, la imagen de ese ser

complejo que representa Serrano se transforma en la de un hombre civilizado. Permanece unos días en Europa y allí un cambio se efectúa: se afeita nuevamente, usa ropa elegante y lujosa y su apariencia se llena de dignidad.

Serrano apareció de un día a otro en la Corte con el pelo cortado casi a cercén, como se estilaba entonces, afeitada barba, atusado bigote, la clásica perilla de los caballeros, y rostro varonil y franco. Por lo demás, su talante, naturalmente donairoso, cobró realce hasta el punto de convertirle en arrogante y bellissimo sujeto (Uribe, 1984: 77).

Es la imagen ya del hombre civilizado. Nada aparece de su apariencia de bestia, propia de los primeros años en la isla. En Europa relata su historia y luego regresa a América. Específicamente llega a Panamá (el territorio considerado como promesa de mejoras, por la esperanza del canal) y allí muere, después de haber llegado a ese punto culminante. Así concluye la visión alegórica de la historia de Colombia a través de la figura del náufrago Pedro Serrano, con un final de expectativas sobre el porvenir de las nuevas naciones.

La historia que Manuel Uribe Ángel elabora a partir del texto del Inca Garcilaso, constituye a la vez una lectura que continúa una tradición literaria. Ambos textos narrativizan el pasado para hablar de caminos hacia un futuro más prometedor, en cuanto buscan un mejor destino para las poblaciones a las cuales hacen referencia mediante su metáfora.

En el texto de Uribe Ángel, el naufragio constituye un elemento de partida. La pérdida de todo y el inicio, también la conversión del náufrago en un *otro*, es parte del proceso de construcción de la nación. Siguiendo etapas claras del proceso diacrónico de América, como son la época prehispánica, el descubrimiento, la colonia, la independencia y la república, Uribe también va construyendo una narración de la historia que sigue los parámetros de evolución como se concebía en la época. No hay que olvidar la gran influencia de la teoría de la evolución de Darwin sobre la historiografía. En ese momento, todo se vio como un proceso de progreso constante que lleva a mejoras (evolución). El optimismo en futuros promisorios fue una constante de muchos historiógrafos en todo el mundo, aspiración a la que Uribe Ángel se suma, pero dentro de un juego literario alegórico. Además, el hecho de que haya escogido como espacio para su narración un lugar alejado y olvidado del territorio nacional muestra el interés por integrar

y crear la conciencia nacional de una manera no tan centralizada como el gobierno de la Regeneración intentó establecer.

Sin embargo, es importante notar que esa reescritura de la historia conlleva una serie de elementos que cuestionan y cambian la versión oficial. Este liberal antioqueño le concede importancia al elemento indígena como parte esencial de la construcción de la nueva identidad nacional. Lo reconoce como un antecedente de los avances logrados en las tierras americanas, mientras que los europeos se proponen como aquellos que brindan la cultura. Pese a esto, el elemento europeo termina siendo no solo fértil en el camino histórico de la construcción de la sociedad americana, sino que también tiene aspectos problemáticos. El centro de las luchas, el rencor y el deseo de pelear radican en una herencia violenta surgida de la raza española. Entonces, en los intersticios del texto se va integrando una particular visión del desarrollo y de los problemas de América.

Uribe añadió múltiples elementos que correspondían a la coyuntura en la cual vivió. Incorporó a su narración aspectos de la independencia y la república, que por supuesto no estaban presentes en la historia de Garcilaso, y personajes como el tío Castillejo decapitado, que habla del fin de la autoridad española en los territorios americanos. Debido a estos elementos, el texto se ve modificado; en él tiene lugar la transformación en manos de otro productor aun cuando esté presentando “el mismo” *leitmotiv*. De tal manera, Uribe no solo alteró el texto de Garcilaso en cuanto a sus elementos literarios y ficcionales, sino que también transformó la narrativización de la historia y la trama dada a ella. Su perspectiva es la de un colombiano que mira atrás para reconocer ventajas y criticar algunos de los pasos dados hasta el momento. Es su esfuerzo por darle forma a la nación, su ambición de ayudar en esa construcción por medio de las letras.

Bibliografía

- Jauss, Hans Robert. (1976). “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”. En: *La literatura como provocación*. Barcelona: Península, 133-210.
- Múnera, Alfonso. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta.
- Pastor, Beatriz. (1983). *Discurso narrativo de la conquista de América*. Cuba: Ediciones Casa de las Américas.

- Rabin, Lisa. (1999). "Figures of conversion and subjectivity in colonial narrative". *Hispania*, 82 (1), 40-45.
- Salazar Ramos, Roberto. (1988). "Romanticismo y positivismo". En: *La filosofía en Colombia. Historia de las ideas*. Bogotá: El Búho, 227-295.
- Uribe Ángel, Manuel. (1984). *La Serrana*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Vega, Garcilaso de la. (2000). *Comentarios reales*. México: Porrúa.
- Villegas, Luis Eduardo. (1905). "Boceto del Dr. Manuel Uribe A.". *Repertorio histórico*, febrero, 65-85.
- Zamora, Margarita. (1988). *Language, Authority and Indigenous History in the Comentarios reales de los incas*. Cambridge: Cambridge University Press.